

Bienes de equipo

El establecimiento y consolidación de una industria de bienes de equipo es uno de los objetivos más claros de la política económica española. Todos los instrumentos de protección hacia dentro y hacia fuera se superponen para impulsar la producción nacional de casi todas las líneas establecidas. Entre ellos, ocupa un lugar muy importante los estímulos financieros a la exportación, y ello es lógico. El mercado español para esta industria es limitado, y sólo si se cuenta simultáneamente con los mercados exteriores es posible mantener unidades competitivamente productoras de bienes de inversión.

La balanza de mercancías viene reflejando positivamente la eficacia de estas medidas. Las exportaciones de bienes de equipo representan, ahora, un 16 por 100 del valor total de la exportación española, mientras que, al acabar el Plan de Estabilización, no llegaba al 10 por 100.

Sin embargo, la balanza de capitales está reflejan-

do también, pero negativamente, el coste anejo a esta favorable evolución. España, escasa de recursos financieros, viene concediendo al exterior, para financiar ventas con pago aplazado de bienes de equipo, cifras cada vez más cuantiosas de créditos comerciales a plazos muy largos y a tipos de interés muy bajos que recortan cada vez más nuestra posición neta como país importador de capital.

Junto a este esfuerzo exportador de capital directamente apreciado en la Balanza de Pagos hay que señalar las consecuencias inflacionistas de estos créditos que gozan de redescuento automático en el Banco de España. A final de febrero de este año, las líneas especiales de redescuento automático ascendían a un total de 66.455 millones de pesetas, correspondiendo 27.736 al crédito a la exportación, de los cuales 17.510 millones se destinaban a máquinas y buques.

En estas condiciones el asunto Matesa y la políti-

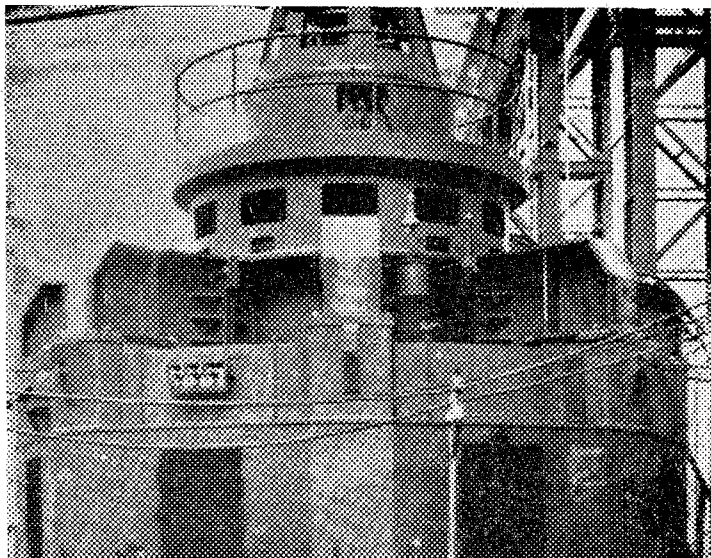
ca monetaria restrictiva de los primeros meses del año han dado pie a un ataque contra el crédito a la exportación en general y contra el crédito a los bienes de equipo en particular. Abandonemos el apoyo a estas exportaciones—viene a decirse—y volquemos nuestros recursos financieros en ayuda a la pequeña y mediana empresa orientadas hacia el mercado interior.

Pero el carácter demagógico de estos rebrotes autárquicos no debe hacernos olvidar el problema

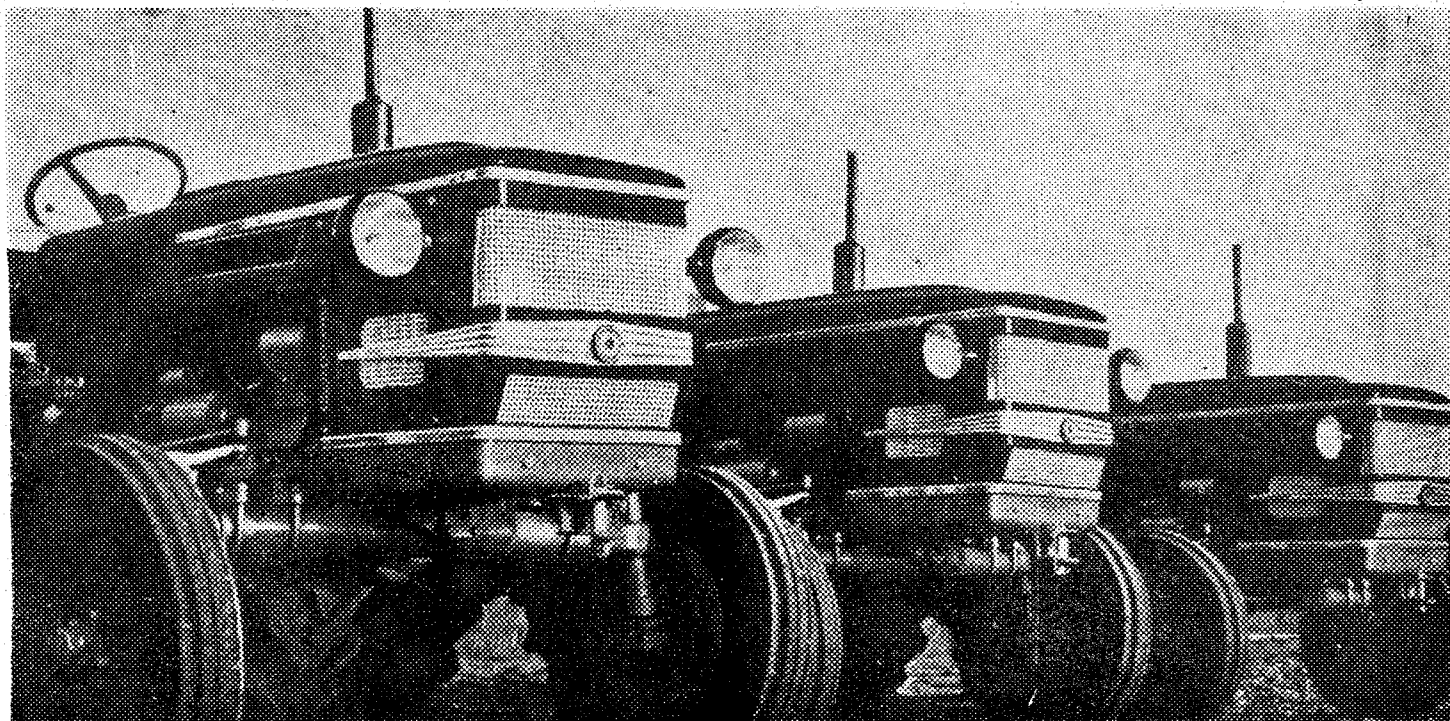
fundamental ante el que nos encontramos y que podría plantearse en los siguientes términos. La exportación de bienes de equipo debe ser apoyada si el progreso de esta industria constituye, como parece, un objetivo fundamental de nuestra política económica, y si sus posibilidades han permitido concederle un margen de confianza. Pero este margen no puede ser ilimitado, y los apoyos deben graduarse en el tiempo. A nuestros exportadores de equipo debería decirseles

esto con firmeza, aunque ello implique el abandono de algunas líneas productivas. Si de los 13.500 millones de pesetas a que ascendió en 1969 el valor de nuestras ventas al exterior de bienes de equipo, 7.400 millones fueron exportados por 6.485 empresas, y si solamente ocho empresas exportaron más de 100 millones, todo parece indicar que el margen de confianza está siendo excesivo y que por este camino nunca va a alcanzarse una posición comercial sólida. El mejor remedio no con-

siste en prohibir las exportaciones atomizadas como se ha dicho recientemente, sino en quitarles las facilidades de redescuento automático a los créditos comerciales concedidos a los importadores extranjeros. Se iniciaría así la única vía razonable a largo plazo: que la Banca privada y las propias empresas fueran asumiendo progresivamente la financiación definitiva de una parte creciente de estos créditos comerciales, y que esta financiación se realizase a su coste real en cada momento.



Equipo eléctrico: grupo alternador español



Tractores en nuestro mercado

MAS SOBRE EL LIBERALISMO E IRLANDA

UN comentario dedicado en esta misma sección a los problemas políticos del Ulster (MADRID, 11 de mayo) ha suscitado en los lectores reacciones insospechadamente alentadoras por lo agudas, por la capacidad que revelan de trascender lo anecdótico y comprender que en la Historia no sólo hay hechos, sino también, y, sobre todo, formas.

El liberalismo, nos arguyen —y "a fortiori" cualquier modo de tolerancia y apertura—, llega a su límite allí donde el régimen de libertad se pretende utilizar para modificar el mismo régimen. Cuando, como parece ocurrir en Belfast,

la oposición no es un mero equipo de recambio, sino una alternativa a la situación, e incluso al sistema, es preciso abandonar so pena de ingenuidad suicida el módulo liberal. Y, con una noción excesivamente cruenta de la contienda política, se reprocha a los liberales empedernidos, como a los partidarios de la pena de muerte: "¡Que comiencen los señores asesinos!"

También es cierto—y ello es cuestión de talante vital—que el proceso político, es decir, el acceso y utilización del poder institucionalizado, podría, de manera algo más jovial, compararse a un juego.

El problema está en si los participantes aceptan, junto con las reglas formales de la partida, su aleatoriedad final. Si el triunfo está predeterminado, las reglas se deforman, y, en último término, no se cumplen ni siquiera por quienes las han establecido. Como decíamos en nuestro comentario anterior, el respeto a la forma se sustituye por la fidelidad a un orden material de valores, de pretendida inmutabilidad y que no tolera otra discrepancia que la condenable herejía. Cuando este monopolio de poder se institucionaliza, como v. gr. ocurre en el círculo de los Estados socialistas, el sis-

tema no será bueno, pero, al menos, no carece de lógica y honestidad. Cuando, por el contrario, como en el Ulster, el poder se mantiene cerrado en un sistema nominalmente competitivo, mediante la paralización o desnaturalización de los mecanismos de competición, el resultado es, a la corta, fraudulento y, a la larga, incoherente, y por lo tanto, impracticable. Las instituciones políticas son complicadas máquinas que, como todo ingenio mecánico, han de responder a un diseño básico. La alternativa al totalitarismo en una sociedad moderna, el diseño liberal, puede rechazarse o aceptarse; pero, una vez adoptado—como hi-

zo la Government of Ireland Act de 1920—, es imposible sustraerse a su lógica sin incurrir en lo que es peor que toda traición, la irracionalidad. Solamente cuando los jugadores dejan abierto el futuro y lo construyen arriesgadamente en cada envite, sólo entonces, las instituciones del Estado de Derecho—instituciones por esencia liberales—resultan viables. Claro es que no a todos es dado entender tal cosa, porque para derrochar fe en la libertad, es preciso tener seguridad en la propia fuerza. Cuanto más seguro de sí mismo está un régimen político, tanto más permisivo puede permitirse ser.

Si los unionistas irlandeses estuvieran tan ciertos de su fuerza como los conservadores de Gran Bretaña, no tendrían necesidad de acudir al fraude electoral. Pero la audacia liberal de tolerar al enemigo no deja de ser, como tantas otras admirables virtudes burguesas, una inversión extremadamente rentable. La práctica del juego fomenta el espíritu deportivo de los competidores y la social-democracia alemana, primero, los partidos comunistas francés e italiano, después, son ejemplos notorios de cómo el ambiente liberal llega a intoxicar a los más reacios.

"Juan Ruiz"